

## Un texto inédito de Wenceslao Fernández Flórez. «S.O.S.! ¡AQUÍ EUROPA!»

Publicamos aquí un texto inédito de Wenceslao Fernández Flórez contenido en 23 cuartillas escritas de su puño y letra, que me fueron confiadas generosamente por sus sobrinos Wenceslao y Antonio Fernández Flórez.

El manuscrito no lleva fecha alguna, y el sobre que lo contenía sólo reproduce el título, con la indicación «Charla radiofónica». Don Antonio Fernández Flórez tiene idea de que data de 1934 ó 35, posiblemente del mes de octubre. No obstante, ni en la prensa de esos años, ni en los archivos del Servicio de Documentación escrita de Radio Nacional de España<sup>1</sup> —en donde nos atendieron con suma amabilidad— queda constancia de esta intervención de Fernández Flórez a través de las ondas.

Wenceslao Fernández Flórez proclama en estas líneas que transcribimos su simpatía y su confianza en el liberalismo. Esta doctrina, vinculada a los acontecimientos revolucionarios de Estados Unidos y de Francia en el último tercio del siglo XVII, tiene todavía hoy sus defensores, aun cuando puede decirse que decayó a partir de la Primera Guerra Mundial.

El liberalismo es «una actitud espiritual y una ideología»<sup>2</sup>, de la que se han ocupado —entre otros— personalidades intelectuales como Julián Marías, que habla de él en los siguientes términos:

«El *liberalismo* se refiere a la forma y límites del poder, a cómo se manda; hay liberalismo cuando el poder tiene límites, cuando deja fuera de su alcance zonas importantes de la vida personal —individual o social— en las cuales no interviene; el Estado liberal no se caracteriza por su «poco» poder, por su debilidad —puede ser muy enérgico—, sino por su configuración, por no extravasarse de sí mismo (...) El *liberalismo* asegura la libertad; es la organización social de la libertad»<sup>3</sup>.

1 En la carpeta dedicada a Fernández Flórez conservan unos setenta y tantos recortes alusivos a él. Y en el Archivo Sonoro sólo hay una breve lectura de *El bosque animado*, sin fecha de grabación, pero —a juzgar por su voz— es de sus últimos años.

2 Harold J. LASKI, *The Rise of European Liberalism*, Londres, 1936, p. 15.

3 *Cuenta y Razón*, n° 1, Invierno de 1981, p. 16.

Fernández Flórez en un artículo, publicado en la revista *Blanco y Negro* de 13 de octubre de 1935, decía así: «Revolución sin radio, revolución perdida para quien no interviene en ella directamente. (...) La generación a la que pertenezco ha sido testigo de dos levantamientos, cuya base fue la electricidad. Uno, el del general Primo de Rivera (...) Otro, el de la Generalidad de Cataluña, que apeló a la radio con mayores esperanzas. Los que presenciamos aquel duelo de las estaciones emisoras de Barcelona y Madrid no podremos olvidarlo nunca. En «¡S.O.S.! ¡Aquí Europa!» la realidad próxima y la ficción se entrecruzan, tomando como pretexto la circunstancia de que pronunciaba sus palabras a través de un micrófono de radio. Y Fernández Flórez habla con «palabras reveladoras» de una situación desesperada —a la que incorpora unas gotas de humor— para la que busca ayuda, aunque sin demasiada confianza. El punto de partida es la hipotética vanidad de ocupar un lugar de privilegio en nuestro planeta, desde donde hace uso de la palabra.

Si la ficción consistía en hablar «a una extraña muchedumbre que anda por el hemisferio inferior», no la abandonará a lo largo de su alocución: «Quizá (...) se arrastre ya (...) la civilización del porvenir hacia *esa América* (...) Un día llegará *ahí...*»; «En cuanto a las máquinas agrícolas (...) más que en los subdivididos campos europeos, tienen su objeto en las *inmensas tierras americanas, donde ustedes disfrutaban...*»; «*Cuando (...) vengáis al muerto museo que será Europa, habrá aquí algo (...) Plantadlo entonces en vuestra tierra propicia...*». América era todavía entonces tierra de promisión y de sueños para mejorar de fortuna. Y el escritor gallego se adhiere a esa esperanza, como hizo el Cándido de Voltaire al embarcar en Cádiz y comentar con su amada Cunegunda: «Seguramente allí todo será perfecto, porque hay que reconocer que el nuestro sólo es motivo de lamentaciones, tanto en lo físico como en lo moral (...) No hay duda: el nuevo mundo ha de ser el mejor de los mundos posibles». (Cap. XI).

La «tendencia de cualquier mortal» es el orgullo, el considerarnos superiores. Por eso nos resistimos a aceptar la realidad y a perder nuestra hegemonía. Y como las sociedades sustentan las diferentes civilizaciones —que son reflejo de sus tensiones y ambiciones, de sus circunstancias económicas, demográficas, espirituales, etc., si la sociedad europea está en franca crisis, por una parálisis que afecta sobre todo a los derechos humanos y al ejercicio de la libertad individual, Europa es un continente en peligro. Sufre de locura, y como una mentalidad colectiva suele variar lentamente, es la hora de que las personas ejerciten sus capacidades individuales para el progreso de la humanidad. Lo que a Fernández Flórez le preocupa es la superpoblación de Europa, censurando en cierto modo el ver al hombre como un productor de bienes económicamente rentables y como un posible soldado también.

Fernández Flórez no apoya el sacrificio de toda una generación, injerencia del Estado que atenta contra la libertad de cada persona. Cuando el espíritu violento y la ausencia de fraternidad tolerante están hundiendo a Europa, pone de relieve que la convivencia es una prueba difícil para los hom-

bres, especialmente para los más sensibles y lúcidos. Y una vez más, la información de que disponía, su fino espíritu de observación y su propia experiencia le proporcionan ocasión para reflexionar y plasmar su actitud personal en una interpretación culturalmente valiosa, tanto como documento histórico como acto de creación, que revela su espíritu descontento y su humor, que es el de un hombre de buena fe.

Para la datación de este texto del académico coruñés hemos considerado, además de los recuerdos y observaciones de sus familiares, aquellas alusiones contenidas en él. De una parte la referencia a un exceso de población en Europa durante el período de entreguerras, en consonancia con la política social de prácticamente todo este continente, así como con la doctrina de la Iglesia católica. Y junto con esto, la difícil situación de varios países europeos, con la amenaza —que fue luego dolorosa realidad— de la Segunda Guerra Mundial. Como detalles más puntuales tenemos la mención el límite de 5000 pesetas como franquicia dineraria para viajes de turismo (lo que nos remite a mayo de 1936); la censura de los regímenes autoritarios de los años 30, con una exaltación de las virtudes militares y de las movilizaciones amenazadoras; y la del filósofo alemán Oswald Spengler, fallecido a primeros de mayo de 1936. Además, tal como se refleja en las notas marginales, las reflexiones en voz alta del propio Fernández Flórez en artículos periodísticos de los meses de abril y mayo de ese mismo año, y otros detalles de la sociedad española y europea de esas fechas. Por todo ello, si bien no se excluye la posibilidad de que Wenceslao Fernández Flórez escribiera estas líneas en los años 1934 ó 1935 —ateniéndose a la estimación de su sobrino Antonio Fernández Flórez—, nos inclinamos a pensar que *¡S.O.S.! Aquí Europa!* fue leído probablemente en los meses anteriores al comienzo de la Guerra Civil española.

M<sup>a</sup> TERESA BARBADILLO DE LA FUENTE

*Instituto de Valdezarza. Madrid*

## ¡S.O.S.! ¡AQUÍ EUROPA!

Todo hombre está propenso a creer que el sitio que él ocupa en la tierra es el más alto de la bola del mundo, y, si yo cediese ahora a esta tentación, me imaginaría estar subido en la sobresaliente punta de un radio del planeta, como en el mástil de un barco, dirigiendo la palabra a una extraña muchedumbre que anda por el hemisferio inferior cabeza abajo, como las moscas<sup>4</sup> por el techo. Entonces sucumbiría a la vanidosa necesidad de compadecer a quienes viven en tan molesta actitud y de contarles cosas que nos hiciesen aparecer como superiores, que es la tendencia de cualquier mortal. Especialmente los políticos tienen esta rara visión de las realidades, y por nada del mundo accederían a confesar ante otro continente u otro país que el suyo está en crisis dolorosa. A todo lo más que llega un político<sup>5</sup> cuando habla o escribe para el extranjero es a conceder que si existe un malestar es transitorio y hasta necesario, como los dolores del alumbramiento, lo cual no deja de ser verdad según la filosofía panglosiana<sup>6</sup>. El primero que manejó estas teorías no fue, sin

4 En la Estancia IX de *El bosque animado* nos habla de una ocasión en que estos insectos molestaron insistentemente en Cecebre: «No quedó aquel día un hombre ni una bestia en toda la parroquia que no fuera acosado, cosquilleado, irritado, estorbado, perseguido y desesperado por las moscas». Y, un poco más adelante, en ese mismo capítulo, la mosca Hu-Hu estimula a sus congéneres con palabras como éstas: «En el Pueblo Pardo, los padres no conocen a sus hijos ni los hijos a sus padres, y si fuese posible que una mosca se enamorase de otra mosca, al separarse de ella (...) no la volvería a reconocer. (...) Esto significa (...) que hemos realizado completa, perfectamente, la igualdad y la fraternidad sociales».

Cf. Su paisano Julio Camba reproduce en *Londres (Impresiones de un español)*, Madrid, 1916, p. 160, su artículo «Guerra contra las moscas»: «Los periódicos yanquis han iniciado contra ellas una campana implacable, y los periódicos ingleses la han secundado. Las moscas son el vehículo más importante de todas las enfermedades contagiosas. (...) Una niña de ocho años ha matado este verano tres mil moscas, y los periódicos publican su retrato como el de una heroína. La criatura sonríe dulcemente después de tan horrible matanza, como si no hubiese cometido crimen ninguno. (...) A mí me gustaría la supresión científica de las moscas, pero me repugna el que se las aplaste o se las decapite».

5 «Tal y como se nos presenta, el político es un ser con la capacidad infusa y maravillosa de regir aquello que no entiende. (...) Se supone buenamente que casi todos los ciudadanos sirven para regir un pueblo, por el solo hecho de figurar en las listas de un partido. Adquirida la fácil categoría ministerial, un hombre, cualquier hombre, puede saltar de cartera en cartera, entre las que representan preocupaciones más dispares, entre las que requieren conocimientos más diferentes, sin que parezca causar a nadie la menor extrañeza. Ser político basta para otorgar omnisciencia». (W. Fernández Flórez, «Hombres», ABC, 21 mayo 1936).

6 No se trata de un término derivado de «panglosia», sino del apellido del educador de Cándido, Pangloss.

bargo, el héroe de Voltaire<sup>7</sup>, sino, mucho más remotamente, el padre Noé, y la ensayó con ocasión del Diluvio<sup>8</sup>. Cuando hubo atrancado bien las puertas del Arca y se asomó a esperar que se despegase de la tierra, vio algunos pobres diablos que bullían en derredor.

—Buenas tardes— les dijo mientras examinaba críticamente sus movimientos natatorios; parece que se ha despertado un gran espíritu deportista.

—¡Hum! —respondió alguien—. Lo que parece es que todos perderemos aquí nuestras vidas. Mis rebaños han sido arrastrados por los torrentes, y al último de mis hijos acaban de tragarlo las aguas.

—No se puede negar que hace mal tiempo —otorgó Noé, acordándose a su placer en la ventana—, Y es posible que todos perezcáis, pero debe consolaros pensar que la humanidad no se acaba y que la tierra reaparecerá, y que los hombres que lleguen después de los nietos de los nietos de nuestros nietos no sólo inventarán los paraguas sino los trasatlánticos, inmensos como ciudades<sup>9</sup>, que se disputarán sobre los océanos el grimpolón azul<sup>10</sup>. Y esta profecía debiera alegraros.

7 Alude al Doctor Pangloss, personaje del *Cándido* (1759) de Voltaire. Este filósofo, discípulo de Leibniz, instruye al protagonista en la creencia de que existe en el mundo una armonía y un orden racional, y —a pesar de que pierde un ojo y una oreja— asegura que «se ha demostrado que las desdichas personales redundan en el bien general: cuántos más males particulares haya, tanto más crece aquél» (Cap. IV).

8 Gén. 6-8.

9 Cuando en *La conquista del horizonte* (1932) llama a La Coruña «el barco inmóvil» comenta que en su ciudad natal «hay esa misma existencia suave, ociosa y dulce de los grandes trasatlánticos».

10 En el mundo naviero significaba que un buque había realizado la travesía en menos tiempo que otros. Las compañías pugnaban por tener los trasatlánticos más grandes, confortables y veloces. La publicidad de cruceros y servicios regulares de carga y pasaje de esos años suelen destacar estas características. Conseguir este gallardete azul era sinónimo de batir un record. Entiéndase, pues, como locución simbólica, sin soporte físico. Agradezco vivamente a don Francisco Suárez Llanos, Jefe de Control de la Dirección General de la Marina Mercante, que me aclarara esta mención.

Cf. «Desde que le fue arrebatada al «Mauritania» la «cinta azul», tras más de veinte años en que ostentó en sus mástiles este símbolo de predominio en los caminos del mar, Inglaterra no ha cejado ni un solo instante en procurar su rescate. (...) El Reina María «partirá para su primer viaje trasatlántico el 27 de este mes de mayo, o sea el Derby Day (...) En esta fecha simbólica abrirá ruta el veloz barco hacia la conquista del trofeo más preciado entre las gentes del mar. (...)

Si los cálculos que se han hecho sobre la rapidez del «Queen Mary» son exactos, el «Normandía» no habrá podido ser dueño del «blue ribbon» más que un año justo. Ganó este distintivo en su primer viaje (...) el 29 de mayo del año pasado. (...) Obtuvo el «Normandía» la «cinta azul» al alcanzar la velocidad de 29,68 nudos en su primera travesía del Atlántico Norte, lo que equivale poco más o menos a 4 días y 11 horas de navegación. (...)

—Si usted no lo toma a mal —gruñó el otro—, se me da una higa de sus augurios, y ya cambiaría yo en este momento todos los trasatlánticos con radio por un modesto salvavidas.

Pero hay que pensar un poco como el interlocutor de Noé, porque ya dijo Goethe que no hay Humanidad, sino tan sólo hombres, y lo que llamamos egoísmo con vituperador intento no es más que el instinto de conservación, que no reside en la especie sino como suma de los instintos individuales, y va más allá de todo lo posible pedir a una generación entera que se sacrifique por las que vengan detrás <sup>11</sup>. Esta idea corresponde a la de los holocaustos y es bárbara y anacrónica, y revela todo nuestro terrible atraso espiritual. Se relaciona con la creencia de que los dioses no apreciaban ningún perfume tanto como el de la sangre fresca y sólo regocijados por ella, como por un vino generoso, se decidían a conceder dones a los hombres.

El problema de Europa es, casi exclusivamente, un problema de espacio. Nos hemos dedicado a la reproducción con un ahinco ya incontenible. Este mal tiene varios orígenes: uno de ellos, el no haber descolgado a tiempo el cartelito de que los hijos son un regalo del cielo <sup>12</sup>. Sin duda esto era verdad cuando en la tierra había más alimañas que hombres, y urgía poblarla para que apareciesen las grandes compañías de transportes, los *trusts* harineros, las agencias de turismo y los fabricantes de conservas, que esperaban impacientemente el instante de incorporarse a la vida. Un hijo eran dos brazos que trabajaban y luchaban. Cuando Europa estuvo suficientemente poblada, nadie dio contraorden. El Cielo, alarmado, comenzó a enviar las terribles pestes y las espantosas hambres de la Edad media, pero fue inútil porque cuando el Estado surgió con la consciencia de su capacidad, descubrió dos cosas: que cada hombre representaba un valor en dinero y que cada hombre podía ser un fusil. Entonces todas las naciones forzaron esta producción, hasta que ya no cabía en

¿Se hace cargo el lector del progreso técnico que significa la maquinaria de estas embarcaciones, que contra la formidable resistencia del agua y la tampoco despreciable del viento son capaces de transportar una carga de 80.000 toneladas a la enorme velocidad antes indicada?» (*El Sol*, 19 mayo 1936).

11 De acuerdo con la teoría de Rousseau, mediante el pacto social se trata de evitar la violencia, lo que implica que cada uno ceda parte de sus derechos naturales a fin de que los demás se beneficien gracias a las condiciones de un nuevo orden social.

12 Después de la Primera Guerra Mundial la familia se vio afectada por un descenso de la natalidad y un aumento de los divorcios. El 31 de diciembre de 1930 Pío XI publica la encíclica *Casti Connubii* sobre el matrimonio cristiano, en donde se destaca la «procreatio et educatio proli» como fin primario del matrimonio y como el primero de los bienes del sacramento.

sus límites, pusieron todo su orgullo en las cifras de natalidad <sup>13</sup> e hicieron confluír en ella sus actividades: así, los poetas escribían tomos de versos para incitarnos a reproducirnos con rubias, morenas y trigueñas; los médicos descubrieron, a costa de vigiliás, sueros, anticuerpos y condiciones higiénicas que tienden a conservar el mayor tiempo posible el mayor número de seres; y los municipios ofrecen unas pesetas y un discurso del alcalde al que presente la más crecida nidada de hijos <sup>14</sup>. Naturalmente, ya no nos podemos revolver.

13 «La población europea crece desde 400 hasta 500 millones en el primer tercio de nuestro siglo. (...) en la totalidad de las naciones europeas (excepto Francia) los progresos de la higiene y de la medicina han producido una enorme disminución de la mortalidad, mientras que la natalidad seguía sin apartarse mucho del nivel tradicional». (Marcelo Calderón, «La situación demográfica en Europa y Asia», *El Sol*, 7 junio 1936).

Cf. «*En cien años la población europea estará reducida a la mitad*. Una de las conclusiones finales del seminario organizado en Estrasburgo por el Consejo de Europa sobre los problemas demográficos señala que, si continúa la evolución demográfica actual, la población europea quedará reducida a la mitad de los actuales 491 millones de habitantes» (ABC, 23 octubre 1986).

Según el *Censo de la Población de España* en 1930 había 23.677.794 habitantes inscritos. Y en 1940, 25.877.971.

El aumento anual del período 1910-20 fue de 137.601; el de 1920-30, de 226.070; y el de 1930-40, de 231.410. De modo que el período más próspero demográficamente es el que va de 1920 a 1930. Y las provincias más pujantes fueron: Las Palmas, Madrid, Barcelona, Santa Cruz de Tenerife y Sevilla.

El *Movimiento Natural de la Población en España* durante los años 1933-40 registra 627.757 nacidos vivos, 424.888 defunciones, y 215.790 matrimonios. En el prólogo, José de Corral —entonces Director General de Estadística—, escribe: «Los trastornos de natalidad aportados por la guerra puede decirse que han sido neutralizados, y al parecer volvemos a una cosecha normal».

14 Dentro de la política pronatalista se otorgaban subsidios a las familias numerosas (D. 21 de junio de 1926) a partir de 8 hijos (100 pts al año) hasta 18 o más (1000 pts), en la clase obrera; y con una bonificación sobre el sueldo a partir de 11 hijos (5%) hasta 20 o más (50%), para los funcionarios públicos.

En el Decreto de 27 de diciembre de 1932 hay ya algunos cambios: «Artículo 1º. Los Beneficios que el D. de 21 de junio de 1926 estableció en favor de los padres de familias numerosas quedarán reducidos, a partir de 1º de enero de 1933, al derecho de matrículas gratuitas en todos los Establecimientos de enseñanza oficial y al de satisfacer cédula de décimosexta clase de la tarifa 1ª.

Artículo 2º. Tendrán derecho a los beneficios que quedan autorizados los funcionarios, empleados y obreros y las viudas de éstos que tengan 8 ó más hijos a su cargo, y también los huérfanos de aquéllos cuando sean 8 ó más».

La ley de 18 de julio de 1938, de Régimen de Subsidio Familiar, señala la nueva escala que se liquidará a partir de 1º de abril de 1941: Va desde las 30 pts. mensuales por 2 hijos, hasta las 290 pts. por 12. Por cada hijo o asimilado a éstos que exceda de los 12, se adicionaba en 50 pts. el subsidio mensual.

Cf. Julio Camba, periodista gallego contemporáneo y amigo de Wenceslao Fernández Flórez, escribió «Sobre los hijos numerosos» en estos términos: «Probablemente es mucho más fácil

Unos países piden colonias<sup>15</sup>; otros, suscitan guerras; en todos se come mal, se vive mal; estrechos, incómodos, tropezándonos, malhumorados. La llamada «cuestión social»<sup>16</sup> crea una especie de guerra civil en todas partes. Ya no es el extranjero el enemigo, sino el vecino de la misma casa, el transeúnte que nos revela su posición por su indumento, el contertulio que en el casino expone una idea distinta a nuestras ideas... Un odio enconado, palpitante, sin disimulo separa a unos hombres de otros; todos se aborrecen y cada uno espera de los demás los mayores males<sup>17</sup>. La vida es agria y difícil. Los políticos se producen como beligerantes. La bella literatura ha cedido su puesto a libros de combate, que caen con su mecha encendida entre los lectores. En las fronteras se escudriñan los pasaportes, los monederos, los baúles y las ideas. Nuestra civilización, que tanto nos enorgullecía, está viva aún, pero con muchas de sus funciones paralizadas, como si sufriese una lesión nerviosa. No se ha derogado el derecho a pensar libremente, pero una censura minuciosa impide la libre expresión. La justicia conserva su complicado mecanismo, pero mediaticada. El crimen ha logrado alcanzar un derecho de asilo en la política... Alguien creerá que este cuadro está deliberadamente compuesto con tintas oscuras. Por desgracia, no es así: España y Francia<sup>18</sup> son hoy dos países angus-

tener 18 hijos que tener uno solo. El primero cuida del segundo, el segundo del tercero, etc. (...) (Cuando aparece) el hijo número ocho, con su pan de 100 pts bajo el brazo. Estas cien pesetas son el premio, el estímulo y la ayuda del Estado a las familias numerosas. (...) y llegan a mil con el décimotercero. Y claro es que la cría de conejos produciría bastante más; pero sería, en cambio, mucho menos divertida. (...) Nuestros Estados (...) no cesan de proclamar su necesidad de ciudadanos y, admitida esta necesidad, es lógico que recompensen a los matrimonios». (en *Sobre casi nada*, Madrid, 1934<sup>2</sup>, p. 10).

15 Alemania carecía, desde luego, del imperio colonial de naciones como Gran Bretaña o Francia.

16 En la conferencia pronunciada por Gil Robles en Acción Popular, en junio de 1932, expuso la táctica y el programa de su partido, con ocasión de lo cual habló de que «otro de los puntos controvertidos es el que se refiere a la propiedad y a la *cuestión social*» (G. JACKSON, *Entre la reforma y la revolución (1931-1939)*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 111)

17 «El sentimiento de fraternidad no existe. Un odio triste, creciente, una intolerancia endurecida e intolerante sustituyen la capacidad de discurrir. Ya se han dicho todas las palabras que debían ser pronunciadas. Es inútil escribir. (...)» (W. Fernández Flórez, «El redactor de sucesos», ABC, 19 abril 1936)

En su novela *Una isla en el mar rojo* (1939), en donde evoca algunas de sus vivencias a raíz del estallido de la Guerra Civil española, llega a decir que «El terror que inspira la ferocidad humana es más tremendo e irresistible que ningún otro».

18 Tras sucesivos cambios de gobierno, es el momento de la coalición socialista del Frente Popular (1934), que alcanzaría la victoria en las elecciones de 1936. El año de mayor gravedad fue, probablemente, 1935, cuando había un paro de alrededor 500.000 trabajadores y casi la mitad de los que tenían empleo sólo lograban trabajar parte de la jornada.



dos. El reciente ayer de Italia, de Portugal, de Alemania, fue idéntico. Inglaterra vive la incertidumbre de su amenazada pujanza<sup>19</sup>. Los países balcánicos<sup>20</sup> vigilan el riesgo por todos los puntos de su horizonte. Y una frase obsesionante, temática<sup>21</sup>, gritaba al principio como un aviso y ahora murmurada como una vulgaridad, va y viene de Norte a Sur y de Este a Oeste de Europa: «Otra guerra —dice— ocurrirá muy pronto»<sup>22</sup>.

Somos demasiados. Del año 14 al 18 se hizo una gran carnicería<sup>23</sup>. Y no bastó. Se puso en moda la delgadez, para ocupar menos sitio. Y no bastó. Robamos tierra a los vegetales, inventando en Alemania unos cigarrillos de papel que hacen inútil el cultivo del tabaco. Robamos tierra a los animales descubriendo en Italia una lana artificial que permite prescindir de los carneros. Y seguimos apretados. Echamos por la borda a los dioses y redujimos a solares sus templos. Y todo sigue igual.

Antes, en ocasiones parecidas, nos acordábamos de repente de que Europa tiene en sus arrabales cuatro continentes<sup>24</sup>: Africa, Asia, América y Australia, y desbordábamos en ellos nuestro exceso de población. Pero las severas restricciones impuestas a la salida de capitales hacen hoy imposible este recurso. Un español, por ejemplo, no se puede alejar de su patria con más de quinientas pesetas<sup>25</sup>. Todos los países que estén a ciento un duros de distancia, son inasequibles

19 Inglaterra, que tenía dominio sobre aproximadamente una cuarta parte de la población mundial, se resiente económicamente y tiene que adoptar medidas que palien el creciente desempleo.

20 Albania, Bulgaria, Grecia, Yugoslavia y Turquía.

21 Tenaz, porfiada.

22 En 1939, la Segunda Guerra Mundial.

23 Durante la Primera Guerra Mundial, unos diez millones de muertos.

24 Este achicamiento de cuatro continentes, que estarían en los barrios extramuros de la ciudad-continente de Europa, es un ejemplo más de metáfora a la manera árabe —con magnificación irónica incluida—, siguiendo las certeras observaciones de nuestro gran arabista Emilio García Gómez (ABC, 9 mayo 1984: «Rafagas gallegas», y 8 junio 1984: «Metáforas árabes»).

25 El Director General de Seguridad, señor Alonso Mallol, dice que se conceden pasaportes a cuantos lo solicitan. Van a exigirlo para pasar a Portugal para evitar la repetida salida de cantidades a que se prestaba el anterior procedimiento, que era una cédula visada. (*El Sol*, 3 abril 1936).

«El Gobierno prepara nuevas y duras restricciones contra la emigración del dinero. Bien está que se procure cohibirla, por ser positivo el daño que produce a la economía nacional, pero a condición de que se acuerde en la medida de lo justo (...)» («La emigración del dinero», ABC, 3 mayo 1936).

Un Decreto de 16 de mayo de 1936 (Gaceta de 17 de mayo) limita la asignación de divisas por ese importe: «En los momentos en que el Gobierno se preocupa de dar solución al problema de divisas en bien de la economía, se viene observando por los organismos correspondientes una salida anormal de billetes del Banco de España, que no responde, en la mayoría de los casos, más que a una especulación ilícita sobre los billetes exportados clandestinamente.

Esta exportación, verificada a impulso de temores injustificados, aparte de perjudicar los intereses de los que la realizan, perturba notablemente toda la economía nacional, y el Gobierno, en

para él. Prácticamente, estamos cerrados en un estrecho recinto, con muros invisibles, pero infranqueables<sup>26</sup>, dentro del que nos removemos con disgusto y fiebre.

La verdad de lo que ocurre en Europa la conocen los pocos hombres que todavía estén libres del contagio, pero la pretensión de ser el cerebro del mundo, sella sus labios. ¿Qué ocurriría si se creyese que Europa había perdido la supremacía de la civilización, su hegemonía de piloto del mundo? Hay la consigna de decir que aquí estamos muy ocupados en la busca de una nueva fórmula que consiga la felicidad universal. Cuando en cualquier otra parte del mundo se oye el alboroto de nuestras disputas, el ruido de nuestros golpes, los ayes de tanta gente infeliz, y vienen a batir a nuestra puerta para inquirir solícitamente: «¿Ocurre algo?», debemos responder: «Dejadnos en paz y no perturbéis nuestro trabajo: estamos preparando la fórmula».

Pero desde la altura de esta cucaña sonora de la radio, sin que nadie lo sepa, yo lanzo al aire mis palabras reveladoras, como el cautivo que arroja un papel desde la celda donde le tienen secuestrado. La verdad es que Europa ha enloquecido. Su extraño delirio le lleva a creer que una camisa es una idea, y lanza millares y millones de camisas: camisas negras, camisas rojas, camisas azules, camisas verdes, camisas caki...<sup>27</sup>. Desde Francia a Rumania, desde la Laponia

vista del mal uso que se viene haciendo de la autorización de salida al extranjero con cinco mil pesetas (Orden de 16 de mayo de 1931), Gaceta de 18 de mayo), a propuesta del Ministerio de Hacienda, ha acordado poner en vigor las siguientes disposiciones:

Artículo 1º. Se reduce a *quinientas pesetas* la cantidad autorizada a exportar libremente a los viajeros que salgan de España con billetes provistos de guías en las condiciones a que se refiere el Decreto de 16 de marzo del corriente año.

Los viajeros que se acojan a este artículo no podrían volver a exportar más que cien pesetas por viaje, hasta transcurrido un plazo de tres meses, sin que el número de viajes pueda exceder de diez en dicho período.

Artículo 2º. Los viajeros que se propongan salir de España con numerario en mayor cantidad que la indicada en el artículo anterior, lo solicitarán, en instancia razonada, del Centro Oficial de Contratación de Moneda, que libremente podrá conceder o negar la autorización, teniendo en cuenta los acuerdos internacionales.

La autorización en cuestión no podrá exceder, en ningún caso, de la suma de cinco mil pesetas».

26 «Los problemas monetarios de los cambios y las transferencias han reforzado aún más las barreras económicas (...) A medida que Europa se ve reducida a los límites de su propio continente, la economía europea se hace menos elástica, cada país teme empobrecerse en provecho de sus vecinos, y de aquí el auge de los contingentes, la cuidadosa limitación de los cambios (...)» (Marcelo Calderón, «La situación demográfica en Europa y Asia», *El Sol*, 7 junio 1936).

27 Alude a los colores del uniforme fascista, falangista y nacionalsocialista.

Cf. «Tres señoritas que vestían el uniforme fascista son encarceladas por negarse a pagar una multa. «Habían acudido a un baile en un salón de té en Palencia con la blusa azul fascista. (*El Sol*, 5 mayo 1936).

Entre las colaboraciones en prensa de don Emilio Alarcos García, padre del académico de la Lengua Alarcos Llorach, hay un artículo —«El Individuo y Hércules»— publicado en *El Norte de Castilla* (1-12-1934), en el que se habla sobre las camisas también en clave de humor. Cuenta en él

hasta Portugal, todo el mundo está preocupado con el color de las camisas que llevarán los hombres que desfilen bajo sus ventanas; por el color, no por el corte, porque todas ellas han sido trazadas por el mismo patrón: el de la dictadura.

Hubo en estos tiempos un profeta terrible, Oswald Spengler<sup>28</sup>, cuya voz, como la del profeta bíblico<sup>29</sup> en Jerusalem, corrió en torno a Europa vaticinando la próxima decadencia de Occidente. ¿Hacia dónde se desplaza ahora el emporio de la cultura? ¿Dónde germinará la nueva fórmula de entendimiento que haga más feliz la vida de los hombres? El movimiento de traslación de las civilizaciones es lentísimo. Dos mil años tardó en avanzar desde los países de la Mesopotamia hasta la Inglaterra de nuestros días. Van detrás del sol, siguiendo su ruta tan despacio como si caminasen de rodillas, con los ojos cargados del primitivo asombro y de la primitiva adoración de los hombres hacia el padre de la vida. Quizá ahora se arrastre ya, casi insensiblemente, la civilización del porvenir, hacia esa América extendida al norte y al sur, como las palmas de dos manos opuestas por las muñecas, para hacerse mayores, en adivinación de la inmensa cuantía de bienes que ha de recibir del futuro. Un día llegará ahí —centro irradiante—, mientras en Europa las últimas milicias localistas luchan entre sí, y las camisas de diversos tonos no sean ya más que girones alrededor de los torsos enflaquecidos. Y después tendremos apenas para vosotros la importancia de un museo, y contemplaréis los suntuosos y vacíos palacios de nuestros Parlamentos, como hoy contemplamos ciertos acueductos hechos por Roma, obras de arte que se deben principalmente a que aquellos hombres ignoraban la ley de los tubos comunicantes<sup>30</sup>.

de él un proletario y el segundo pretende convertirle en camisa de color: «El Rasurado se empeñaba en que el Individuo se transformara en *Camisa de color* y acogotara a la democracia y al parlamentarismo, sustituyéndolos por un régimen en el que él, el Individuo convertido en camisa de color, diese la ley y la norma. Aquí —decía el gesticesáreo varón, abriendo su maleta ante los ojos del Individuo—, aquí tienes *camisas azules, verdes, pardas, amarillas, leonadas*; elige la que gusten, pónstela, y vamos a hacer un Estado fuerte y glorioso». (Jesús Caamaño Martínez, «Las colaboraciones periodísticas de don Emilio Alarcos», en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, Universidad de Oviedo, 1978, III, p. 526).

28 Este pensador alemán (1880-1936) hizo una interpretación naturalista de la historia de acuerdo con la que las culturas que se han sucedido decayeron por consunción, al cabo de sus cuatro fases; e idéntico destino espera a la cultura moderna. En su obra *La decadencia de Occidente* (1918) vaticina el avance de la dictadura del dinero, que libraré su última batalla con la sangre.

«¿Qué hubiese dicho Mairena de Oswald Spengler y de su escepticismo fisiognómico, si hubiera leído *La decadencia de Occidente*? He aquí un hombre fáustico —hubiera dicho— de vuelta de su propio fisiognómica, el Apaga-y-vámonos de la germánica voluntad de poder» (Antonio Machado, *Juan de Mairena*, Madrid, Cátedra, 1981, nota 25).

29 Jeremías, que habla de la ruina de Jerusalén sobre todo en la Segunda Parte de sus profecías.

30 Fue Galileo (1564-1642) quien la enunció al estudiar el equilibrio de los líquidos contenidos en recipientes que se comunican.

Y entonces tal vez os riáis del encendido entusiasmo con que durante un siglo cantamos el maquinismo y la ingeniería para achacarle ahora futilmente la culpa de todas nuestras desgracias <sup>31</sup>. Todavía en los albores de esta centuria se enorgullecían nuestros padres de todas las posibilidades contenidas en los motores de explosión que venían a hacer breves los caminos del mundo y a aligerar en las fábricas y en los campos la ruda faena de los hombres. Los dramaturgos y los novelistas abandonaron por aquel entonces el tipo de héroe militar, y todas sus protagonistas pasaron a enamorarse de ingenieros con canas en las sienes. Nunca duró tan poco una admiración <sup>32</sup>. En la pequeña Europa, para que nuestros diminutos Estados nos diesen una impresión de suficiencia, para que no nos ahogásemos entre sus marcas fronterizas, había que recorrerlos en sillas de posta. El automóvil <sup>33</sup> y el avión nos revelaron con sorpresa la verdadera magnitud del Continente. En cuanto a las máquinas agrícolas, descubrimos ahora que si se ponen a trabajar con alguna prisa, se quedan millones de hombres sin hacer nada <sup>34</sup>, y que, más que en los subdivididos campos europeos, tienen su objeto en las inmensas tierras americanas, donde ustedes disfrutaban de una holgura que les permite vivir sin tropezarse, dueños

31 «Los hombre de una y de otra parte han llegado a un acuerdo: al de vituperar *las máquinas* (...) La acusación se hace bloque en tratados de pretensión filosófica, y avena menuda en las charlas de café. La máquina: he ahí el culpable del malestar de los pueblos. (...) la máquina nos evita o disminuye el trabajo físico, pero no suple el espiritual. (...) A mi ver, la máquina es el más valioso auxiliar que el espíritu humano pudo encontrar para su desarrollo y perfeccionamiento, porque le hace el regalo de todo lo que es violento y fatigoso y le permite disponer de tiempo para meditar, para soñar, para leer, para cultivarse». (W. Fernández Flórez, «Las máquinas», ABC, 12 mayo 1936).

Característica del liberalismo es la fe en el progreso técnico y, consiguientemente, económico, en una época de creciente industrialización, en la que la libre iniciativa de los hombres no debe ser frenada por el Estado, para no poner impedimentos al adelanto de la civilización moderna.

32 «Los ayes de los *ingenieros* parados que presentan al cobro sus títulos estériles seguidos por los toreros (...) nos hacen volver la vista al candente problema de las profesiones que con sus ejércitos de intelectuales trepadores se disponen al asalto del Estado». (José Castillejo, «Las profesiones parasitarias», *El Sol*, 31 mayo 1936).

33 Confesaba, a propósito de su obra *El hombre que compró un automóvil* (1932), en la que propugna un ideal utilista para la literatura: «Nada más justificado que el rencor contra los antiguos asuntos de la novela. (...) En el mundo aparecen incesantemente seres nuevos y situaciones distintas. (...) Yo he vacilado entre dos asuntos: la epopeya del tractor mecánico y la dulce novelita hogareña del aspirador eléctrico».

34 Entre 1933 y 1936 el paro fue en aumento en España.

Cf. «El conflicto del *paro* obrero es alarmante como un incendio (...) La Rusia soviética afirma que cada ciudadano es un trabajador efectivo y que bajo el régimen comunista no puede existir el paro (...) las soluciones discordantes, en legislación abundosa y confusa, se suceden en cada problema —trigos, arrendamientos, régimen agrario, cuestión social, Jurados mixtos, regionalismo—, y el país lleva 12 años de sobresalto y mudanza: 7 años de dictadura y 5 de aurora». (José Castillejo, «El paro como factor político», *El Sol*, 24 de mayo 1936).

de esa porción de espacio libre que debe existir alrededor de cada espíritu, para evitar el roce engendrador del disgusto y del odio.

En la tumba de un faraón se recogió una vez un grano de trigo. Este grano de trigo, guardado en la cripta durante siglos y siglos, fructificó después, al ser colocado en circunstancias favorables. Cuando, pasados muchos años, al llegar los de mi profecía<sup>35</sup>, vengáis al muerto museo que será Europa, habrá aquí algo que hemos enterrado también sin que fructificase, apenas logrado, apenas desprendido de la espiga de la Revolución francesa: el recién nacido y ya viejo liberalismo, al que todo el mundo vuelve la espalda con desdén<sup>36</sup>.

Plantadlo entonces en vuestra tierra propicia, porque él no puede estar muerto, sino latente, y ninguna otra forma de coexistir, ningún otro clima político ha de ser tan grato y conveniente a los hombres.

Mientras, lancemos nuestro inútil grito desesperado:

—¡S.O.S.!! ¡Aquí Europa, que se hunde por exceso de carga humana!<sup>37</sup>  
¿Hay algún hermano continente que pueda mandarnos una balsa de muchos millares de leguas cuadradas de buena tierra mantillosa, para salvarnos?

35 Como advirtió Santo Tomás, el don de la profecía es una moción transeúnte y no un hábito. Y así ocurre en Wenceslao Fernández Flórez, quien compagina en sus palabras las tres variantes del quehacer profético: la denuncia, la amenaza de un futuro próximo y una cierta esperanza de prosperidad.

36 «El liberalismo ha existido como actitud espiritual, en Europa occidental, mucho antes de que llegase a ser una designación política cuyo empleo no se remonta sino a comienzos del siglo XIX (...) Como movimiento político, el liberalismo ha afirmado en todos los países los derechos y virtualidades del individuo frente a las fuerzas de la tradición y de lo establecido, insistiendo principalmente en la división de poderes, en el papel del parlamento como libre foro de la nación y en el carácter sagrado del individuo y de su propiedad en tanto no chocasen con las leyes». (E.K. BRAMSTED y K.J. MELHUISE, *El liberalismo en Occidente*, Madrid, Unión Editorial, 1982, I, p. 19).

En la primera mitad del siglo XX tuvo lugar una revisión, y también una negación del liberalismo.

37 En «Los hombres del futuro» (ABC, 17 abril 1936) W. Fernández Flórez habla de una hipotética «Liga de Defensa del hombre del siglo que viene» cuyos abogados preguntarían: «¿Cómo reclamáis tantos huéspedes para un edificio del que todavía no tenéis ni los planos? La sociedad se halla en crisis. (...) ¿para qué queréis nuevas y cuantiosas hornadas de seres? ¿Para lanzarlas en el dolor de todas las experiencias, en las dificultades de todo período de transición? En nombre de los que están por venir nos oponemos a ello. Pensemos que si nuestros abuelos hubiesen procedido lo mismo, no habría para los hombres de hoy tantas angustias, tanta hambre, tanto odio, esta mezcla de desesperación y de inquietud que hace amargo el gusto de nuestra vida».